

La conservacion y adorno de nuestras iglesias es por otra parte para nosotros, hé añadido un grande honor. Cuál es el artista que no se consideraría honrado por ser admitido á decorar el palacio de su rey? Ciertamente, es un favor que muchos ambicionan, pero que muy pocos obtienen. Sin embargo, qué comparacion establecer entre una iglesia, residencia de Dios, y un palacio, habitacion de un rey? Por poderoso que sea un monarca, no es siempre más que un hombre, semejante en todo, por su naturaleza, á los demás hombres. Pero Dios no tiene igual, ni entre los hombres, ni entre los angeles, y delante de él todo es nada. Qué honor, por consiguiente, el de concurrir al embellecimiento de la residencia de este soberano Sér, que es á la vez nuestro criador, nuestro gobernador, nuestro dueño, nuestro salvador y nuestro padre¹?

Pero la conservacion y el adorno de nuestras iglesias es sobre todo un deber de justicia. Nuestras iglesias sirven á todos cómo lugar de reunion para los diferentes ejercicios del culto; todos, por consiguiente, deben contribuir para que estén cubiertas y cerradas por todas partes, y para que no carezcan de nada de lo que exige su destino. Todos deben recibir en ellas los sacramentos y oír la

quando fuit Deus stabulo Bethlehemitico: sed jam nos eo contenti esse non debemus. Satis sit vel semel Deum in stabulo jacuisse propter nos. Contemplemur hoc mundi palatium, in gratiam nostram extractum, quam id splendidum, quam ornatum! Ibi amœnissimi horti, diversis floribus velut gemmis distincti: ibi campi hinc rivulis interjecti, inde arboribus inumbrati: ibi cœlum tot rutilantibus facibus lucidum, etc. Unde et quorsum hæc tot et tanta ornamenta, nisi a Deo et pro homine ut habeat splendidam domum: cur etiam vicem Deo non rependamus, et pro modulo nostro domum ejus adornemus? (FABER, *Op. conc.* in festo Dedicat. conc. 7. Auct. n. 6).

1. Non est res nova, templa habere ornata et altaria Deo consecrare. Dic, oro: Si rex tibi præcepisset domum extruere, ut illic habitet, nonne omnia fecisses? Nunc igitur regia est Christi, ecclesiæ constructio; ne sumptum spectes, sed fructum computa (S. JOAN. CHRYSOST. hom. XVIII. in *Act. Apost.*).

santa misa; todos, pues, deben contribuir con sus ofrendas para la adquisicion de los ornamentos sagrados, de las velas para el altar, del aceite para las lamparas del santuario y demás cosas necesarias para el augusto sacrificio. Todos son ayudados en sus oraciones y santamente édificados ante la vista de las estatuas, de los cuadros y de las imagenes, y por la audicion del canto de los oficios y de las armonias que los acompañan: todos, pues, deben contribuir á indemnizar de sus fatigas y de su trabajo á los que ejecutan estos cantos y estas armonias, estas estatuas y estos cuadros¹.

1. Ad quid ædificentur templa, et cur ornentur. I. Ædificentur: 1º ad sacrificandum; 2º ad sacramenta administranda; 3º ad verbum Dei prædicandum; 4º ad Eucharistiam asservandam; 5º ad orandum. — II. Ornantur: 1º quia palatia Dei; 2º quia divinis privilegiis ornata: 3º quia facta ad devotionem populi; 4º quia sic Ecclesia catholica exaltatur; 5º quia id fecere majores nostri semper (FABER, *Op. conc.* in festo Dedicat. conc. 7. Auctarii). — No ignorais cuánto el exterior mismo de la religion influye en los corazones. Juzgád de ello por la impresion profunda y saludable que tantas veces há producido en vosotros la majestad de nuestras ceremonias santas. — En esos tiempos dichosos en que los hombres, sensibles al espectáculo pomposo del universo que publica tán energicamente el poder, la sabiduria y la liberalidad de su autor, se dejaban llevar de sus mismos impulsos para tributarle un culto digno de él, la tierra entera ofrecia por todas partes á su piedad y á su gratitud templos y altares. Pero, desde que el espiritu del hombre se alejó de su Dios, y que se habituó á disfrutar de sus dónes, sin reconocer la mano que se los presentaba, esta bondad siempre atenta quiso en cierto modo aproximarse más á su criatura, y determinar los lugares en dónde, pagando el tributo de sus homenajes, el hombre pudiese en todo tiempo réaminar su fervor. — Fué desde luego á Moises que el Señor intimó sus voluntades. « Ordena, le dijo, á los hijos de Israel poner aparte los dónes que deben ofrecerme de su propia voluntad, sin ninguna violencia, y que me construyan un santuario, para que yo habite en medio de ellos. » Al instante y á porfia, todos concurren á la santa obra todos, hicieron de buena voluntad diferentes ofrendas que el Señor había manifestado

No obstante, que el pobre y el indigente no den nada; se puede serle agradables; oro, plata, pedrería, preciosos tejidos, nada fué -comenzado para la decoración del tabernáculo en donde Dios se dignaba comunicar con su pueblo. — Después que los Israelitas fueron solidamente establecidos en la tierra de promisión, el Señor inspiró al santo rey David el designio de éregirle un templo; este religioso príncipe reunió los materiales y nada descuidó para exaltar su gloria. Salomón su hijo, el más sabio de los hombres, á quién la ejecución de esta magnífica obra estaba reservada, empleó, con sus tesoros, todo lo que el arte ofrecía de más suntuoso, para hacer el edificio más augusto del universo. — Posteriormente, habiéndose corrompido los hijos de Israel, se entregaron á la impiédad y á todas las consecuencias que arrastra consigo. La colera del Todopoderoso desencadenó contra ellos las calamidades y azotes. Entregado á los enemigos de su religión, el templo que constituía su gloria, fué profanado, despojado, destruido; ellos mismos fueron dispersados y reducidos á la más vergonzosa esclavitud... Pero, á la vuelta de esta larga y memorable cautividad, cuál fué su ardor para reconstruir el edificio sagrado cuyo recuerdo les era tãn grato! Todo fué empleado por su parte para volverle su primer esplendor. El rey de Persia, idolatra cómo era, quiso que los gastos fuésen satisfechos por sus tesoros: tãn grande era la idea que los mismos paganos formaban de la importancia y de la dignidad del culto! Ay! estarémos en nuestros días reducidos á buscar entre ellos modelos? El Cristianismo no nos los ofrece más dignos de nosotros? — Desde la época famosa en que los Cesares, abjurando el error, se sometieron á las leyes del Evangelio y se glorificaron con la cruz de Jesucristo, se apresuraron á porfia á dar testimonios públicos de su piédad, y desplegaron su magnificencia para honrar á Aquel de quién depende la prosperidad de los imperios. Los fiéles, salidos por fin de la larga opresión en que les tenía cómo encerrados la impiédad pagana, contribuyeron con todos sus medios á levantar templos á Dios. Soberbias basílicas, érigidas en todas partes, fueron ricamente decoradas y conservadas con donativos voluntarios. Alguno de estos monumentos todavía atestiguan, hasta qué punto nuestro virtuosos antepasados fueron en este género santamente prodigos. (*Lecturas cristianas. loc. cit.*)

admitir; también vémos á la viuda del Evangelio sacar, de lo necesario, dos monedas, que quiso ofrecer para las necesidades del templo¹. Pero que estos cristianos que aumentan cada día su tesoro con sordidas economías, que estos disipadores que malgastan en cualquier ocasión sumas más ó menos fuertes², no dén más que

1. Marc. xii, 42-44).

2. Ah! cuántos cristianos tendrían que hacer en sus gastos una reforma saludable! Se gasta considerablemente en el juego, en vajillas, en muebles, en la comida, en adornos y en carruajes; se gasta sumas considerables, fabulosas, para construir casas, palacios y edificios de recreo, y no se dá un óbolo para la reparación de las iglesias y para la obra de los tabernáculos! Ah! ricos del mundo, que haceis todo por vuestras habitaciones y nada por la casa de Dios, pensád que estos muros, que piden reparaciones, gritan contra vosotros, segun esta palabra: *Lapis de pariete clamabit*. Gen. xviii, 17. Pensád que cuándo Dios se venga, es frecuentemente porque sus templos son despreciados y dejados sin reparación: *Ultio Domini ultio templis sui*. Jer. lxi, 11. Pensád en estos reproches que hace el profeta Agéo: «Teneis cuidado de vuestras casas y abandonais mi templo y lo dejais sin reparación; es por esto que hé enviado la esterilidad, la sequía y la desolación á vuestros campos, haciendo perecer vuestros rebaños y el trabajo de vuestras manos.» Al fijar su residencia entre nosotros, Jesús se há entregado á nuestro celo para darle hospitalidad, y nos há dicho cómo antiguamente á David: «No me construiréis, al lado de las vuestras, una estancia?» Pero, cómo los cristianos son tibios en la conservación de los templos! Para todo tienen dinero, excepto para el culto de Dios. No habéis de reparar estos muros, de sanear el local, de agrandar el recinto demasiado estrecho; los recursos están agotados, os responderán, hay otras cosas que reclaman la prioridad. Y algunas veces qué trabajos! Pobre Jesucristo! Hé aquí cómo se excusa de alojarle convenientemente. Se avergüenzan algunos de sus hijos del estado lastimoso en que se le deja? Se llega, gracias á sus dónes, á adornarle convenientemente? Nuestros puros de la democracia se escandalizan al ver los objetos de arte, los metales y piedras preciosas que réalzan el culto, ellos que admiran, todos los días, los diamantes y brazaletes de algunas mujeres, cuyo blason no tiene nada de inmacu-

poca cosa ó nada absolutamente para la conservacion y el ornato de nuestras iglesias, es lo que se debe vituperar con la mayor énergía. Estos cristianos se conducen, en efecto, cómo verdaderos parásitos, aprovechandose de las generosidades de personas, menos acomodadas que ellos, y faltan cínicamente á uno de sus deberes más serios ¹.

lado. Murmuran y censuran con Judas, cuándo la Magdalena perfumaba con aromas los pies del Salvador: « Para qué esta profusion y esta perdida? No hubiése sido mejor para los necesitados ». Hipocresía farisáica! Quién no lo sabe? Mientras que estos hombres, officiosos abogados de los pobres, no tienen cuidado de ellos nunca, son los mismos cristianos que decoran el templo de Dios, los que alivian y socorren á los pobres. (Berseaux, loc. cit, nº 8.)

1. Quizás, para dispensaros del cuidado de la casa de Dios, alegaréis la miseria de los tiempos y la disminucion de vuestras fortunas. Pero ante todo, sondead vuestros corazones en presencia de Aquel que conoce, yá la extension de los recursos que os quedan, yá el empleo que de ellos haceis frecuentemente contra su ley; y muy pronto reconoceréis la futilidad de vuestras excusas; encontraréis, cómo tantas almas animosas, cuya mayoría tiene menos comodidades que vosotros, los medios de coóperar á toda clase de bien. Hasta en las condiciones más modestas, hay personas que saben separar y consagrar al Señor una parte de sus rentas: es á este deposito formado por la caridad, que, sin esfuerzos y con alegría, ellas van á sacar todo lo que esperan de su beneficencia, yá el culto del Señor, yá las necesidades de sus hermanos. — Aquí, la multiplicidad de estas necesidades que reclaman vuestras limosnas, os ofrece una nueva excusa. Creéis, decís, haber cumplido toda justicia honrando á Dios en sus miembros y dedicandoos á aliviar su miseria. Ay! quién duda, que los pobres tengan derecho á vuestros socorros los más abundantes? lejos de desviarlos de ellos las miradas, no podemos exhórtaros bastante á hacer de los mismos los primeros objetos de vuestras piadosas larguezas. Pero, al honrar al Señor en los pobres, debéis desconocerle en el trono de amor y de misericordia que se há élegido en medio de vosotros? De cualquier lado que se descubra vuestra fé, no tiene él un derecho igual á vuestras ofrendas, y estas no las há exigido en todo tiempo de

Guardémosnos, cristianos, de imitarlos. Por el contrario, tomémos por modelos á nuestros admirables antepasados, que han levando al Señor templos tán maravillosos, y que ponian su alegría y su honor en decorarlos con todo el arte y toda la riqueza posibles ¹. Cómo ellos, séamos generosos con Dios. A quién todo se lo

su criatura? — Hé aquí cómo se expresaba por boca de uno de sus profetas: « Apresurate, oh pueblo mio! á restaurar la casa que honra mi presencia, y me será agradable, y en ella haré nuevamente brillar mi gloria. En vano acumularéis riquezas, abandonando el tributarle el honor de que me sois deudores; muy pronto, ay! por el funesto uso que de ellas haceis, desáparecerán de vuestras manos, ó no dejarán á vuestros hijos más que vicios seguidos de la indigencia. Antiguamente pusisteis vuestra esperanza en los muchos bienes; vuestras casas fastuosas ostentaban el lujo y la abundancia... En un instante mi soplo lo há disipado todo. Ah! cuál fué la causa de vuestras desgracias? Es que mi casa habia permanecido desierta, mientras que cada uno de vosotros no se cuidaba más que de la suya. Es por esto que hé mandado á los cielos que no derramáran sobre vosotros y sobre vuestras familias su saludable influencia. Y ahora, dice el Señor, cuál es de vosotros el que haya visto este templo en su primitivo esplendor? En qué estado le véis hoy, y qué es á vuestros ojos, el valor de lo que fué antiguamente? En cuánto á vosotros, almas generosas y fervientes, á las cuáles hé confiado el cuidado de repararlo, no os desaniméis; armádos del más santo celo y trabajad con confianza para hacer desaparecer de él las ruinas, porque yo estoy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos... Un poco de tiempo todavia, y fiel á mi palabra, llenaré de gloria esta casa, y su brillo sobrepujará aquel de que fué adornada: porque yo la bendeciré á causa de mi Cristo; derramaré sobre los que se reunirán el espíritu de gracia y de oracion, y daré la paz á las almas que vendrán á adorarme. » (*Lectur. cristi. loc. cit.*)

1. Que se oiga lo que la historia nos dice, entre otras mil, de la iglesia de Santa Sofia, en Constantinopla: « Los esplendores de la ciudad incomparable, sus palacios brillantes de oro y de preciosas materias, no podian ser comparados con las riquezas y las magnificencias de

debemos, ofrezcámosle humildemente, por lo memos, las primicias de lo que nos dá. Que un celo piadoso nos anime por el honor de

esta iglesia, fundada por Constantino, embellecida por Justiniano, admirada por todos los fieles, orgullo de los musulmanes como de los cristianos, tan bella, tan rica, tan asombrosa que apenas se puede creer que el hombre solamente haya podido edificarla: *Structura ut humana arte et ab hominibus excitata vix crederetur*. Despues de haber atravesado dos porticos sostenidos por columnas de marmol, el fiél llegaba á las nueve puertas que abrian el acceso al templo y que adornaban menos el marfil, el ambar, el cedro y los metales preciosos, que los artesonados formados con restos antiguos del arca de Noe. El templo mismo ofrecia á los ojos sorprendidos tesoros de todo genero, en marmol, porfirio y granito, las columnas provenian de los templos más celebres del paganismo. Estaban por todas partes los mosaicos, en las paredes como en la bovedad; los pilares, semejantes á inmensas torres, sostenian á una altura de 180 pies la cupula cuyas ochenta ventanas dejaban penetrar en las profundidades del templo, la esplendida luz del oriente. Sobre el piso de marmol se levantaban arboles de plata, alrededor de los cuáles llamas de mil colores, lamparas de gran precio, flotaban semejantes á navios suspendidos de la boveda. Las arañas brillaban entre las arcadas, candelabros en forma de cruz recordaban al ojo deslumbrado el signo de la salvacion, que ilumina las tinieblas de este mundo; las paredes, las columnas y los pilares tenian millares de velas cuyos resplandores, en los dias de fiesta, inundaban con un oceano de luces el recinto sagrado. » (Hurter. *Vida del Papa Inocencio III*, lib. 7, tomo I pag. 146.). — ... Bajo la inspiracion de Dios y bajo la direccion del clero, la Europa se cubre de una multitud de iglesias gigantescas, en las cuáles no se sabe que admirar más, si el atrevimiento ó la solidez, la magnificencia del conjunto ó lo acabado de los detalles. Será necesario tiempo, se tomará. Precisaré el concurso de muchos siglos, se obtendrá, las generaciones serán constantes, y la una, lejos de repudiar la hérencia de la otra, se mostrará digna de su iniciativa, los hijos sucederán á los padres para tomar y continuar su obra con una abnegacion admirable, y con un ardor que no se detendrá más que cuando la obra estará acabada. Se necesitará oro, se le encontrará; habrá nece-

su casa, así como el rey David lo decia de si mismo¹. Y Dios nos devolverá centuplicado lo que habrémos dado por él.

Conclusion. — Respetar nuestras iglesias, frecuentarlas, conservarlas y adornarlas, tales son, cristianos, nuestros principales deberes con las iglesias. Quién se atreverá á negarlos, quién podrá encontrarlos onerosos? Los hay más nobles y más dulces? Ah! iglesias queridas, cuya fiesta celebramos en este dia, cuántos bienes no os debemos! Así queremos, para testimoniaros nuestro reconocimiento, respetaros siempre, frecuentaros sin cesar y adornaros lo mejor. Séamos fieles, cristianos, á estas resoluciones; y Dios, viendo nuestro amor por sus templos de la tierra, nos hará dignos de ser recibidos, despues de la muerte, en su palacio celestial, Así séa.

sidad de materiales, la piédad los suministrará; serán necesarios brazos, se ofrecerán voluntariamente, y con frecuencia gratuitamente; será necesario instrumentos más adelantados y más perfectos, se los inventará. Todos contribuirán á la construccion del edificio; el pobre llevará piedras, arena y madera; el obrero su buena voluntad, su tiempo y su instrumento; el rico su oro; el genio su cincel como Miguel Angel, ó su pínzel como Rafael ó sus melodias como Palestrina. Dios quiere templos, el genio de los fieles sabrá triunfar de todos los obstaculos, vencer todas las dificultades y levantar, imitandolos lo más posible al cielo, esos monumentos que se llaman la cupula de Colonia, San Pablo de Londres, San Pedro de Roma, en fin, las catedrales de Toledo, Burgos y Sevilla (Berseaux, loc. cit. c. 8.)

1. Ps. LXVIII, 10.